

Prefacio

El propósito de este libro es relatar diversos episodios de aquella época que Schiller —fascinado por las figuras de don Carlos, María Estuardo, el rey Felipe II, Demetrius y muchos otros a quienes su genio otorgó vida y bendijo con la inmortalidad— describió como la más resplandeciente de la historia de la humanidad. La verdad, demostrada por las más escrupulosas investigaciones, va gradualmente ganando terreno, pero el poeta vio a muchos personajes de aquella época bajo una luz mucho más clara que sus contemporáneos. Esto es especialmente cierto en lo que se refiere a la figura de don Carlos.

No hemos pretendido corregir el texto, del cual los informantes de los Fugger siguen siendo los únicos responsables. Su estilo, no obstante, habría desconcertado al lector del siglo XX, por lo que era imperativo encontrar una forma de expresión que se aproximara más a la de nuestros días. Definir cualquier plan para la organización de este material ingente y aderezado con una cantidad infinita de detalles, se ha demostrado imposible: el único sistema aplicado es el de una completa falta de sistema. Hemos seleccionado episodios destacados y a ellos hemos añadido informes relativos a la historia social, comercial y financiera.

Los escrúpulos no eran un rasgo propio de la época que fue testigo de la redacción de estas cartas de aviso, y la vida humana tenía entonces apenas mayor valor del que tiene en la actualidad.

Aunque no ha sido posible reproducir el lenguaje incisivo de los informes de los Fugger con su sabor a otra época, al menos hemos logrado ilustrar el libro con imágenes que datan exclusivamente de aquellos tiempos. Éstas incluyen numerosas láminas inéditas, como las acuarelas pintadas en Turquía, el grabado que representa el banquete de Rodolfo II, el retrato de Philippine Welser o la reproducción de las empalizadas de Amberes, ésta última extraída de los propios informes de los Fugger. Todas estas ilustraciones proceden de la impresionante colección de manuscritos antiguos de la Biblioteca Nacional de Viena.

La mayoría de los documentos de los Fugger ya no existen en su versión original, son copias que a menudo muestran los nombres propios y los to-

pónimos mutilados, pero confiamos en que tales errores hayan sido subsanados en esta edición.

Esperamos que el texto y las imágenes puedan crear de manera fugaz, en la mente del lector, la impresión de ser el conde Fugger recibiendo en Augsburgo informes referentes a numerosos, variados y curiosos sucesos acaecidos cerca y lejos, en Europa, Asia, África y América.

Probablemente, a un pesimista estas páginas le revelen la verdad de la afirmación de Goethe, el más importante y más sabio de los maestros alemanes: «Y si fueras capaz de indagar y clarificar todas las fuentes, ¿qué hallarías? Nada más que la gran verdad descubierta hace tiempo y para cuya comprobación no necesitas buscar lejos de aquí: que la vida ha generado sufrimiento en todas las épocas y en todos los lugares. El ser humano se aflige y se acosa en vano a sí mismo, y tiñe de amargura su propia existencia y la de su especie, sin saber cómo disfrutar o apreciar la dulzura de la vida y la belleza del mundo».

Viena, julio de 1922

Introducción

A comienzos del verano de 1656 una flota pequeña, que sin embargo transportaba un pesado cargamento, navegaba por el Danubio en dirección a Viena. No había transcurrido aún una década desde la Paz de Westfalia y hacía sólo once años que los jinetes de Torstenson, una horda salvaje y funesta, habían recorrido ese mismo camino, saqueando e incendiando a su paso. La flota estaba compuesta por cinco barcasas y un barco de mayor tamaño, pero la carga que se deslizaba sobre las aguas del río no consistía, como en el pasado, en un botín de guerra, sino en posesiones legítimas. Se desconoce si el gran barco que encabezaba la flota estaba adornado, de acuerdo con la costumbre de la época, con un mascarón bellamente tallado y pintado hasta en sus más mínimos detalles, pero de haber presumido de tal ornamento éste no podría haber sido otro que el de la virginal diosa Atenea, protectora de todas las ciencias y saberes. Pues nunca antes había transportado el río, en su fluir hacia el sur frente a las antiguas sedes del conocimiento y el estudio ferviente que fueron los monasterios de Melk y Klosterneuburg, un cargamento tan valioso de erudición académica. Sin duda, si el comodoro de esta afortunada escuadra hubiera vestido traje clerical, la diosa griega, desde el bauprés, apenas lo habría molestado. Y quizás este clérigo ataviado con el hábito negro de su orden, después de invocar a todos los santos para que lo tuvieran en consideración y garantizaran el éxito de su largo viaje, también le habría rogado a la poderosa Pallas Atenea que lo precediera y pacificara a las náyades y a los demás gobernantes invisibles del río, para que él pudiera trasladar los tesoros confiados a su cuidado con total seguridad a través de los rápidos de la corriente y de las crecidas traicioneras y de los muchos puntos peligrosos para la navegación. Pues el Danubio era en esa época más peligroso incluso de lo que es hoy en día y los hombres cultos no descuidaban el rito de entrar en comunión con las divinidades burlescas de la antigüedad cuando debían navegar por él.

El 27 de marzo de 1656, el pagador imperial de Presburgo instruye al tesorero imperial y pagador de Viena «que abone a monseñor Matthaues Mauchter para su inminente viaje a Augsburgo, cuyo objetivo es inspeccio-

nar la biblioteca del conde Fugger, la suma de 600 florines, de los cuales 486 son en pago a su salario y los restantes 114 deben cubrir los gastos de su viaje». Este documento, conservado en los antiguos Archivos de la Cancillería de la Corte Imperial y Real (Hofkammerarchiv) en Viena, menciona el nombre de aquél a quien un año más tarde vemos trasladando a Viena, por orden del emperador Fernando III, la biblioteca de los Fugger, embalada en cincuenta y dos baúles y doce cajas y transportada en cinco barcasas y un barco.

En 1650 el canónigo Matthaues Mauchter había asumido, en sustitución del consejero imperial y médico ordinario Wilhelm Rechberger, el cargo de bibliotecario imperial. Y debió cumplir con él meritoriamente porque ya en 1653 fue obsequiado con mil florines como reconocimiento a su entrega en la labor de revisión de la clasificación y descripción de los libros a su cargo. Cuando el conde Albert Fugger tomó la crucial decisión de ofrecer en venta al emperador su valiosa y mundialmente famosa biblioteca, Mauchter recibió la orden de examinarla y valorarla en primer lugar, de hacer un inventario a continuación y, finalmente, de negociar su compra. Quince mil florines fue la módica suma solicitada por el conde Albert Fugger, fiel a la práctica familiar, consagrada por el tiempo, de hacer siempre un mal negocio en sus transacciones con los Habsburgo, pues antes de la Guerra de los Treinta Años el conde había recibido ofertas de compra de este tesoro por valor de ochenta mil florines y, poco después, de cuarenta mil florines.

La orden de abonar al bibliotecario imperial 486 florines como estipendio y otros 114 florines como pago por adelantado de sus gastos de viaje no fue satisfecha con la misma facilidad con la que fue emitida, pues el *vice-dominus* de Viena respondió al pagador de la corte que el dinero en las arcas apenas alcanzaba para cubrir los gastos diarios y que no existía ninguna cantidad que pudiera ponerse a disposición del Signor Mauchter. El tesorero de la corte de Fernando III podría haberse lamentado con estas palabras:

Siempre tratando de economizar.

Y nuestro gasto es cada vez mayor:

Así, a diario, aumenta mi tarea.

(J.W. Goethe, *Fausto*, Acto II, Senescal)

No obstante, parece que en último término el dinero alcanzó para el viaje porque el Dr. Mauchter se puso en marcha hacia Augsburgo; fue allí donde comenzaron sus problemas, donde tuvo que enfrentarse a múltiples obstáculos y donde se vio sometido a múltiples vejaciones. El 19 de agosto la Cancillería Imperial remite el siguiente informe a Su Majestad Imperial:

«Vivíamos con un solo pensamiento y esperanza: que la biblioteca se encontrase prácticamente de camino, pero los acreedores de la casa Fugger han puesto objeciones contra su traslado y el mayordomo de los Fugger ha recibido un decreto que anuncia que los consejeros de Augsburgo no darán su consentimiento.»

En una carta fechada el día 6 de ese mismo mes, el obediente Mauchter había informado en perfecto latín pero con gran indignación: «He advertido en vano a los consejeros de Augsburgo que se abstengan de obstaculizar el traslado de lo que ya es la biblioteca imperial, a pesar del veto impuesto por los acreedores de los Fugger». Sin embargo, la advertencia no fue escuchada y Mauchter describe la actitud asumida por los funcionarios de Augsburgo como «un proceder inútil y una falta de respeto ilimitada». Al recibir noticias de la obstinación y de la evidente mala voluntad de sus paisanos, el conde Albert Fugger se dirigió inmediatamente a Augsburgo y colocó todas sus propiedades en la ciudad, cuyo valor triplicaba la cantidad pagada por el emperador o incluso el valor de compra real de la biblioteca, a disposición del Consejo, con objeto de que el envío de los libros que el emperador Fernando III había adquirido no pudiera ser impedido. Tanto los consejeros de la ciudad de Augsburgo como los acreedores de la familia Fugger insistieron en demostrar que ellos, como ciudadanos libres que eran, no recibían instrucciones ni del emperador ni de su bibliotecario, ni siquiera del propio conde Fugger. El canónigo vienés describe esta actitud como de «zafia insolencia» y exige:

«El envío de un severo requerimiento a las autoridades de la ciudad para que no retengan por más tiempo la biblioteca legítimamente adquirida, ahora propiedad del emperador. Pues es preciso que esta audacia insana sea castigada y que la dignidad del noble conde, como miembro del Imperio, permanezca intacta. No se puede tolerar que una familia que en muchas ocasiones ha sacrificado sus posesiones e incluso su sangre al servicio de su emperador vea vulnerados sus derechos de esta forma.»

Pero el poder del emperador gozaba de poca consideración dentro del Sacro Imperio Romano Germánico en aquella época y la gloria de la familia Fugger, que antaño había llevado el nombre de Augsburgo por todo el mundo, era para entonces cosa del pasado.

Los documentos no revelan la duración de las negociaciones con los consejeros de la ciudad y con los acreedores, y tampoco informan sobre si la amenaza requerida por Mauchter llegó en algún momento desde Viena y

produjo algún efecto sobre la Ciudad Libre de Augsburgo. En cualquier caso, el invierno y la primavera de 1656 pasaron antes de que la biblioteca Fugger pudiera por fin iniciar su viaje.

El 6 de mayo de 1656 el secretario de la Cancillería de la Corte, Hans Georg Loysel, informa al honorable tesorero imperial de que:

«El Signor Matthaeus Mauchter, que marchó a Augsburgo con el encargo de transportar hasta aquí la biblioteca Fugger adquirida por Su Majestad Imperial, me ha confiado las llaves del edificio de la biblioteca para que se confeccionen las estanterías necesarias y se preparen dos salas para la recepción de los libros.»

Con una velocidad insólita para las autoridades de la corte y más que sorprendente en aquellos tiempos, la Cámara de la Corte ordena ese mismo día que el secretario de los edificios de la corte inspeccione, con ayuda de expertos, las habitaciones reservadas para acoger los libros y determine si «los muros se encuentran en un estado adecuado para sostener un peso tan grande». ¿Trató Viena de compensar el tiempo perdido o se trataba de un reproche por el injustificable retraso? Casi parece esto último, pues ya el 13 de mayo el secretario de los edificios de la corte, Peter Concord, informa de que con la ayuda del albañil y el carpintero de la corte ha llevado a cabo la inspección conforme a las órdenes recibidas y ha encontrado que las salas («situadas justo encima de la Cancillería, sobre una bóveda muy sólida») son, bajo todos los puntos de vista, perfectamente adecuadas para su función. La suma necesaria para las estanterías también fue rápidamente concedida —se estimó que los muebles costarían entre quince y veinte florines— así que es de suponer que en los cofres imperiales existía líquido suficiente.

Así, por fin, llegó el momento de que la biblioteca Fugger, superadas todas las dificultades, penetrara en la residencia imperial. El reverendísimo Matthaeus Mauchter debió de lanzar un suspiro de alivio cuando, desde la punta Nussdorf, allí donde se bifurca el brazo del Danubio que recorre la ciudad, distinguió en la orilla una serie de grandes carruajes que esperaban para recoger los tesoros llegados desde Augsburgo. Con la gratificante conciencia del deber noblemente cumplido a pesar de los grandes obstáculos, este hombre leal entregó al comprador imperial de los preciados libros un catálogo magníficamente escrito que bien merece un breve comentario.

El imponente volumen, encuadernado en piel de cerdo, lleva el siguiente título, artísticamente grabado en negro y rojo: